

Vicente Carranza

«Prefiero pasar hambre a vender una de mis piezas»

CERAMÓFILO. POSEE LA MEJOR COLECCIÓN DE CERÁMICA DE ESPAÑA



ALMA DE ALFAR. A Carranza (Daimiel, 1928), el hijo del tendero que huyó del hambre de la posguerra manchega con 14 años y un duro en el bolsillo, el amor por el barro le ha hecho levantar torres infinitas: 6.000 piezas, dos museos (Daimiel y Toledo) y la resurrección de la historia cerámica de España. Ahora, el sueño del presidente de Paz y Cía también estará, desde el verano, en los Reales Alcázares con la colección «Miguel Ángel Carranza», el regalo inconmensurable a Sevilla en nombre del hijo muerto, compañero del alma, junto a su esposa, Pepita, en su fascinante aventura por rastros, pulgas y anticuarios. JAIME GARCÍA

► En su empresa cerámica Paz y Cía, donde combinan tradición y últimas tecnologías, este mecenas jamás repartió dividendos: toda ganancia se invirtió en ampliar la colección

► Académico de la de Bellas Artes de Toledo y Medalla de Oro de Sevilla, lo es todo en Daimiel, que sabe de sus fatigas y desvelos. Hijo predilecto, a su pueblo donó parte de su tesoro

Verano del 42. Un niño y una maleta de madera en el pescante de un vapor en Daimiel. Dieciocho horas hasta Madrid. Así empezó todo.

-Huíamos del hambre y la miseria tras la guerra. Mi padre fue a prisión por leer «El Liberal», mi madre murió y yo tuve que dejarlo todo. Trabajaba desde los 8 años y vi que allí no haría nada. Mi padre aceptó mi decisión.

-Pero a ese vapor no se subió solo; viajaba con usted la pasión por el coleccionismo.

-Claro, claro. Mi primera colección fue de cartelitos de cine, luego llegaron las vitolas de puros, billetes de tranvía, entradas de cine y teatro, ceniceros de cerámica... Como no tenía para otra cosa, veía muchas películas y entre una y otra salía y me comía un boniato, que es lo que había. Recorrí el mundo romántico de Madrid, y cuando empecé a ganar, las tertulias de los cafés. En el «Varela», que era como el «Gijón», pero con gente con mucha hambre, vi empezar a escritores famosos. Seguí a Fernández-Flórez, Gómez de la Serna..., y fui muy feliz leyendo a Pemán y sus diálogos con el «Séneca» en las Terceras de ABC, donde estaban siempre los mejores.

-¿Su primer azulejo?

BLANCA TORQUEMADA

ANTONIO ASTORGA

VIRGINIA RÓDENAS



-Uno firmado por Zuloaga; lo compré en el Rastro de Madrid por 25 pesetas. Por el primero de Triana, la cabeza de un toro, pagué un duro. La Sevilla oculta que me interesaba la descubrí más tarde, al encontrarme con el Convento de Santa Paula y la obra cumbre de Niculoso Pisano. Fue un mediodía que las monjas me permitieron el paso. Acariciando esa cerámica y escuchando los cantos de la Sexta creí tocar el Cielo.

-Cada pieza, una aventura. ¿La más emocionante?

-Un elefante. Nunca había visto uno pintado en cerámica. Anduve tras él más de cinco años. Se lo compré a un anticuario del barrio de Santa Cruz. Empezó diciendo que su padre tenía un elefante, pero que era un capricho, y que su padre tenía un elefante..., pero no me lo enseñaba hasta que al fin me lo mostró. Si mi mujer no me agarra aquel día me da un infarto. Le había dicho al vendedor «pídemelo lo que quieras porque esta pieza ya es mía».

-¿La más rara?

-Un tintero de la Inquisición que está en el museo de Toledo y un jarrón del XVII, que las tropas napoleónicas habían robado en España, y que con mi mujer, Pepita, y mi hijo, Miguel Ángel, me traje de París.

-¿Su conquista más querida?

-Una que no expondré nunca... (La emoción corta sus palabras)... Es un San Miguel Ángel, un ángel de la guarda pintado en Triana...

-Con Pepita y Miguel Ángel siguió la estela de los reflejos y escudriñó rastros, pulgas y anticuarios.

-Los reflejos son las piezas más importantes. En más de 50 años de coleccionismo sólo he logrado reflejos cada lustro y hasta el XV. A los Reales Alcázares llevamos 11 platos. Hemos recorrido el mundo en busca de nuestra historia cerámica, a cuestas con el problema económico, endémico del coleccionismo. Porque nunca pedimos una subvención, ni una ayuda, ni una perra. Y fíjese lo que le digo: preferiría pasar hambre a vender una pieza.

-Sin embargo, Pepita, su cómplice, cuando pierde al hijo da su obra para que sea contemplada por el mundo. Entregó dos amores.

-Cuando en 1995 Miguel Ángel muere a los 38 años de un tumor cerebral decidimos acelerar la ubicación de la colección en museos. Es un crimen quedarte para ti sólo un tesoro patrimonio de la humanidad. He tenido grandes ofertas sobre la colección de Triana, pero creo que debe estar donde se hizo. Los que sienten el arte siempre han dicho que debe morir ahí y ese tesón hizo que me enfrentara durante años con los políticos, que no entienden el alma del pueblo.

-Para la catedral de la Almudena hizo el único mural de 7 metros de altura que existe en cerámica.

-Me llamó el deán, Antonio Astilleros, cuando aún no había techumbre. El cardenal Suquía le había pedido que la completara. Recorrimos las capillas vacías y me dijo que las tenían que vender para poder terminar el templo. Y llegamos al baptisterio. «Yo había pensado...», me dijo. Pero ya sabía yo lo que él había imaginado: que estuviera allí la Virgen de las Cruces, patrona de nuestro pueblo. Y la hice. Fue muy bonito que los hijos de dos tenderos de Daimiel, Antonio y yo, compañeros de colegio, pusieramos de este modo su pica en Madrid. Al terminarla, Antonio, mi hijo y yo rezamos ante Ella los primeros tres avemarías.